

# El grupo Mito y el Nadaísmo La poesía colombiana bajo la violencia partidista<sup>1</sup>

Carlos Fajardo Fajardo\*

Fecha de recepción: 25 de septiembre de 2009

Fecha de aprobación: 5 de octubre de 2009

## RESUMEN

El siguiente texto es una indagación sobre la poesía y los poetas colombianos bajo la llamada violencia partidista de mediados del siglo XX, especialmente la vivenciada por el grupo Mito, unido en torno a la revista del mismo nombre fundada por Jorge Gaitán Durán, y el Nadaísmo, movimiento fundado por Gonzalo Arango en 1958. Durante las décadas del cincuenta al setenta la escena política colombiana estuvo dominada por la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) y el Frente Nacional (1958-1974). En ese ambiente, tanto el grupo Mito como los nadaístas propusieron –aunque de maneras diferentes– un cambio en la actitud del poeta y del intelectual y de su praxis contestataria, mediante la desacralización de normas y costumbres conservadoras.

**Palabras clave:** violencia partidista, vanguardia poética, grupo Mito, Nadaísmo, Frente Nacional.

## THE “MITO” GROUP AND NADAISM COLOMBIAN POETRY UNDER SECTARIAN VIOLENCE

### ABSTRACT

The following text is an enquiry on Colombian poetry and poets under the so called Sectarian Violence (Violencia Partidista) of the middle of the XX century, especially with regards to the “Mito” (Myth) group, which gravitated around the magazine of the same name that was founded by Jorge Gaitán Durán, and in relation to Nadaism (nadaísmo, “nothingism”), the movement founded by Gonzalo Arango in 1958. From the fifties on to the seventies, Colombian politics was dominated by the dictatorship of Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) and the National Front (Frente Nacional, 1958-1974). Under these conditions, both the Mito group and the Nadaists proposed- in different ways- a change in the attitude of the poet, and the intellectual, and of the practice of protest, desacralising conservative norms and manners.

**Keywords:** sectarian violence, poetic vanguard, Mito group, Nadaism, Nacional Front.

1 Artículo avance de la investigación del Proyecto “Sociedad y Cultura en Colombia (a finales del siglo XX e inicios del XXI). *Poesía y ciudad en la Colombia de finales del siglo XX*, financiada por el Centro de Investigaciones en Hábitat, Desarrollo y Paz (Cihdep) y la Vicerrectoría de Investigación y Transferencia de la Universidad de La Salle.

\* Filósofo, Doctor en Literatura. Docente Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de La Salle.  
Correo electrónico: cfajardo@lasalle.edu.co, carfajardo@hotmail.com

## LOS INTELECTUALES EN LA VIOLENCIA PARTIDISTA

El periodo de posguerra, desde mediados de los años cuarenta hasta el cincuenta, estuvo marcado por la Guerra Fría, la guerra de Corea y una persecución a las ideas comunistas en el mundo occidental. Los gobiernos conservadores volvieron al poder con Mariano Ospina Pérez (1946-1950), Laureano Gómez (1950-1952) y la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) hasta desembocar en la Junta Militar que dio paso al Frente Nacional en 1958. Durante estos años el país vivió lo que nuestra historia ha denominado La Violencia. Para Miguel Ángel Urrego, en esta época los escritores y los pintores son los intelectuales dominantes. “En estos primeros años el artista es la conciencia de la época. Luego los escritores comenzaron a redactar los primeros materiales de una literatura que se denominaría de La Violencia” (Urrego, 2002: 117)<sup>2</sup>.

Fueron años confusos. Entre la latente crisis de los partidos –los cuales no daban soluciones a los problemas de un pueblo esperanzado en sus promesas– y la Segunda Guerra Mundial, la figura instigadora del caudillo Jorge Eliécer Gaitán constituiría una esperanza más para el país. Crítico de una oligarquía sostenida en el poder por cerca de cien años, Jorge Eliécer Gaitán trataba de darle a Colombia nuevas rutas para su desarrollo, acorde con las tendencias populistas del siglo. Su imagen de político populista tropical, arrastró una inmensa masa de proletarios, subproletarios, empleados y desempleados que se habían concentrado en las grandes ciudades.

2 Una literatura denominada de La Violencia se evidenció hacia estos años. En este periodo se publicaron más de 40 novelas y trabajos sobre este tema. Entre ellos sólo sobresalen como novelas de gran calidad narrativa y concepción moderna *La Calle 10* (1960) de Manuel Zapata Olivella; *La Mala Hora* (1962), de Gabriel García Márquez; *El día señalado* (1963) de Manuel Mejía Vallejo, y *Cóndores no entierran todos los días* (1972) de Gustavo Álvarez Gardeazábal (Cfr. Williams, 1992:70).

Bogotá y Barranquilla, principalmente, fueron ciudades que pasaron en las décadas anteriores de grandes aldeas a ser verdaderas urbes y en ellas encontró Gaitán, no por casualidad, un éxito electoral casi esperado. Porque Gaitán sería escuchado allí, en las grandes ciudades con grandes tugurios, también por los habitantes de sus cinturones de miseria (Gómez García, 2006: 59).

En las ciudades, y frente a las masas, Gaitán desplegó su ideología ambigua, poco definida, ni totalmente liberal ni tampoco marxista, más bien nacionalista, con un combativo programa para desmontar el Estado oligárquico perpetuado en Colombia<sup>3</sup>.

Paralelo a la figura de Gaitán, Laureano Gómez proyectó la imagen del anti-moderno, defensor de una república católica y nacionalista, en contra de las ideas del liberalismo y del humanismo, de la Ilustración inglesa y francesa, de la masonería, del judaísmo y del comunismo. De esta manera, Laureano Gómez se presentaba como un digno representante de las ideas de La Regeneración y de la República Conservadora, deseoso de instaurar una autoridad restauradora de la moral hispano-católica.

En última instancia, Laureano Gómez culminó la tarea de un proceso complejo que, pasando por Eduardo Santos y Jorge E. Gaitán, condujo a la versión colombiana de la crítica al liberalismo desde una concepción totalita-

3 Según Gómez García “El politólogo francés Daniel Pécaut, en su libro *Orden y Violencia* (1987), anotó la raíz maurrassiana de la tesis ‘El país político y el país nacional’. En efecto, Gaitán acusa una fuerte influencia del nacionalismo integrista y del derechista francés, fundador en 1900 de la Acción Francesa, Charles Maurras, quien centraba su ataque contra el individualismo liberal como factor disolvente y anárquico y contra el peligro comunista, desintegrador de las ideas tradicionales de orden, jerarquía y disciplina social. Sin embargo, esta observación fue atendida no sólo en su raíz ideológica mucho antes por autores como el conservador Rafael Azula Barrera, en su libro *De la revolución al orden nuevo* (1956), sino que constituía un punto de enlace entre Gaitán y las juventudes laureanistas –encabezadas por el poeta falangista Eduardo Carranza– admiradoras de la personalidad del caudillo liberal” (Gómez García, 2006: 62).

rio-católica del Estado y la sociedad [...] El país se desplaza así de una formulación parcial de reforma social en López, a un *idearium* liberal sinuoso y nominalista en Santos, a una restauración populista de la moral pública en Gaitán y, finalmente, a un intento totalitario de restauración gótica, católico-corporativista, en Laureano Gómez (Gómez García, 2006: 42-43)<sup>4</sup>.

El retorno del conservatismo al poder significó un retroceso en las políticas culturales, en los imaginarios y sensibilidades populares, como también el regreso de la influencia de la iglesia en campos y ciudades. Sin embargo, algunos intelectuales y artistas, tanto del liberalismo como de la izquierda, se inclinaban por la búsqueda de un diálogo con las ideologías y pensamientos mundiales. Entonces, tomaron partido por el cambio de actitud frente a una Colombia cada vez más provinciana sumida en la violencia partidista. Estos intelectuales, artistas y poetas se reunieron en torno a revistas como *Crítica* (dirigida por Jorge Zalamea de 1949 a 1951)<sup>5</sup>, *Tierra Firme* (1958)<sup>6</sup>, *Contemporánea* (1958)<sup>7</sup>, y *Mito* (1955), esta última fun-

dada por el poeta Jorge Gaitán Durán en 1955 bajo la dictadura de Rojas Pinilla. *Mito* sin duda fue la que llevó a cabo, de forma más contundente, aquella apertura a lo universal, sin dejar a un lado los problemas nacionales. En estas revistas se establecieron las bases para el surgimiento de una intelectualidad autónoma, crítica, moderna, trasgresora y con actitud pluralista, preocupada tanto por las dinámicas estéticas de última hora, como por los procesos políticos que se vivían. La mayoría de los escritores y poetas que colaboraban con *Mito* eran originarios de las provincias, lo que facilitó la descentralización de la literatura y de la poesía, lo cual se llevaría unos años después con el movimiento Nadaísta y con la autonomía radical del intelectual. Pero por otra parte, la Iglesia todavía poseía demasiado poder para controlar las ideas y mantener una concepción moralista frente a las producciones artísticas. El *Index* aún sobrevivía y censuraba tanto películas como libros de sospechosa procedencia. De modo que el pensador crítico se debatía entre un establecimiento local demasiado cerrado y retrógrado, y una mentalidad abierta a nuevas propuestas estéticas y políticas.

## LA GENERACIÓN DE MITO: ESCISIÓN Y AUTONOMÍA DEL INTELLECTUAL

El sueño que puedo ser si  
 mañana despierto y  
 sé que vivo.

Jorge Gaitán Durán

A mediados del siglo XX, impulsados por los acontecimientos sociales y políticos que sufría Colombia, un grupo muy reducido de intelectuales, que habían tenido el privilegio de vivir y estudiar en el extranjero, pusieron su empeño en modernizar el ambiente nacional que ya se había convertido en un convento. En abril de 1955, Jorge Gaitán Durán fundó una de

4 Los modelos ideológicos de Laureano Gómez eran el evangelio, las encíclicas, los inspiradores de la Restauración, Maurras, Barrés, Cicerón, Boussuet, Donoso Cortés. Gómez Hurtado rechaza la obra de Stefan Zweig, la de Balzac, al Muralismo Mejicano, la poesía de León de Greiff. (Cfr. Uribe Celis, 116). Anti-enciclopedista, anti-ilustrado, anti-sionista, anti-protestante, en una palabra anti-moderno.

5 Para profundizar sobre la importancia de la revista *Crítica*, véase el ensayo de Jacques Gilard "Para desmitificar a Mito" en *Estudios de literatura Colombiana* 17 (2005): 13-58.

6 "La revista *Tierra Firme* fue creada para la difusión de las ciencias humanas. Dirigida por Francisco Posada Díaz y fundada en 1958, aparece como una de las primeras publicaciones concebidas con el rigor necesario para estar a la altura de las revistas internacionales del momento. Dada la escasa difusión de algunas corrientes de pensamiento, *Tierra Firme* fue una propuesta avanzada, pues difícilmente, para ese entonces, en el mismo ejemplar de una revista podían coincidir artículos de Heidegger, Lacan, Levi-Strauss, Hyppolite, Sastre, etc. La publicación asumió como función la difusión de lo más novedoso y sólido del pensamiento contemporáneo [...] Dos bloques temáticos resaltan en esta revista: el psicoanálisis y la filosofía [...] El número de colaboradores colombianos, bastante reducido, se limitó a los aportes de Gutiérrez Girardot y, en menor medida, de Jorge Child, Eduardo Cote Lamus y José Olmedo" (Urrego, 2002: 125-126).

7 *Contemporánea* poseía las siguientes secciones: 'La naturaleza', 'El espíritu y el hombre', 'La sociedad', 'Las letras y las artes', 'Presencia del pasado', 'Problemas colombianos' y 'Notas'; esta última registraba actividades relacionadas con el cine, las exposiciones y las

publicaciones. Es decir, se trataba de una propuesta totalizante, que brindaba la posibilidad de conocer los debates más importantes en las diferentes disciplinas" (Urrego: 126).

las revistas más serias e influyentes en las nuevas generaciones: *Mito*. En aquella revista, Colombia pudo enterarse de la existencia de un arte distinto del que la habían acostumbrado casi sesenta años de conservadurismo y confirmar su atraso frente al conocimiento de las nuevas tendencias filosóficas, literarias y políticas que en el mundo se manifestaban gracias a una juventud de posguerra, desgarrada y nihilista, que veía en el existencialismo una puesta en escena de sus más violadas presencias.

La Segunda Guerra Mundial había influenciado enormemente en las reflexiones de una generación que ya no tenía héroes con quien identificarse, sino antihéroes derrotados, desencantados de una historia caduca a punto de derrumbarse. La escena política estaba dominada por la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957). En ese ambiente totalitario, *Mito* propuso un cambio en la actitud del poeta y del intelectual, con plena conciencia de su praxis contestataria, desacralizadora de normas y costumbres conservadoras. En 1956, Jorge Gaitán Durán consigna su propuesta con estas palabras:

En Colombia reinan la intolerancia política, la intolerancia religiosa, la intolerancia moral. Los intelectuales, que en su mayoría han sido débiles o que han permanecido indiferentes, no sólo han faltado a sus deberes, sino que han ignorado que siempre hay posibilidades de eficacia, aun en los casos desesperados. Hay que acabar con la idea monstruosamente banal de que la calidad intelectual es independiente de la calidad humana. Todo edificio estético descansa sobre un proyecto ético. Las fallas en la conducta vital corrompen las posibilidades de la conducta creativa (Gaitán, 1956: 478)

La revista *Mito* asimila algunos poetas ya publicados en *Cántico*, como Fernando Charry Lara, Fernando Arbeláez, y reúne en sus filas a otros como Roge-

lio Echavarría, Héctor Rojas Herazo, Álvaro Mutis, Eduardo Cote Lamus, a narradores como Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio, y ensayistas: Hernando Valencia Gøelkel, Rafael Gutiérrez Girardot, Hernando Salcedo Silva, Hugo Latorre, Martha Traba, Jorge Eliécer Ruiz<sup>8</sup>.

Al decir del poeta Álvaro Mutis, con la revista *Mito* “se rompieron todas las rutinas generacionales; allí escribían los poetas de Piedra y Cielo, incluso la generación de Los Nuevos...*Mito* limpió el aire de la cultura colombiana. Allí se acabaron las generaciones porque *Mito* se hizo más importante que los suplementos” (Mutis, 1981: 588).

Con *Mito*, Colombia conoció los escritos de autores, que si bien ya eran leídos en otras latitudes, no se les contaba entre las páginas de los dominicales nacionales. Sólo en su primer año, *Mito* había publicado veintinueve textos originales de autores colombianos, doce de hispanoamericanos, siete de españoles, dieciséis traducciones, diez notas sobre libros colombianos y dieciséis notas sobre libros extranjeros. A través de sus páginas, Colombia pudo conocer la seriedad crítica en los ensayos de Rafael Gutiérrez Girardot, la obra poética de William Blake, Arthur Rimbaud, Paul Valery, T.S. Eliot, Jorge Luis Borges, Octavio Paz, Juan Lizcano; los escritos filosóficos y literarios de Jean-Paul Sartre, George Bataille, Antonio Gramsci, Henry Lefebvre, Jean Genet, Henry Miller; artículos políticos de Gerardo Molina, Carlos Lleras Restrepo, Alfonso López Mi-

8 En palabras de Armando Romero “Los Cuadernícolas, siguiendo la tradición de ‘Piedra y Cielo’, hicieron de la poesía el centro de su actividad intelectual, con exclusión de otras manifestaciones. ‘Mito’, a la manera de ‘Los Nuevos’, fue una amalgama de intelectuales donde el hacer poético conserva una destacadísima posición, pero no es la única actividad que desarrollan. A ‘Mito’, además de los poetas, lo integrarán novelistas, ensayistas, filósofos, críticos de arte y de literatura y –en cierta forma concluyentes y simpatizantes pero no activos participantes– algunos políticos como Alfonso López Michelsen y Belisario Betancur, ambos representantes de las dos tendencias más agresivas de reforma desde adentro de los partidos liberal y conservador” (Romero, 1985: 107).

chelsen, del sacerdote Camilo Torres Restrepo y de Orlando Fals Borda<sup>9</sup>.

Una pasión por la reflexión ética y estética y la necesidad de modernizar un estado nacional que sufría la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla, hizo posible que se conocieran las obras de estos autores de tan entrañable permanencia e influencia en la literatura posterior. Ello obedecía al criterio universal y colombiano que inspiraba a sus creadores.

Desde el primer número, *Mito* expuso sus ideas frente al trabajo del intelectual en la sociedad:

Las palabras están en situación. Sería vano exigirles una posición unívoca, ideal. Nos interesa apenas que sean honestas con el medio en donde vegetan penosamente o se expandan triunfales [...] Intentaremos presentar textos donde el lenguaje haya sido llevado a su máxima densidad o a su máxima tensión, más exactamente, en donde aparezca, o una *problemática* estética o una *problemática* humana. Rechazamos todo dogmatismo, todo sectarismo, todo sistema de prejuicios. Nuestra única intransigencia consistirá en no aceptar nada que atente contra la condición humana [...] Pretendemos hablar y discutir con gente de todas las opiniones y de todas las creencias. Ésta será nuestra libertad (*Mito*, 1955: 1-2).

La publicación de *Mito* se nutriría con la presencia de poetas y críticos hispanoamericanos quienes in-

9 Para Rubén Sierra Mejía, *Mito* no sólo unificó a intelectuales de la poesía, la literatura y el arte, sino que a su alrededor giraban significativos científicos sociales que provocaron cambios de igual importancia en las ciencias humanas: "Jaime Jaramillo Uribe, Danilo Cruz Vélez, Luís Flórez, Orlando Fals Borda, Rafael Gutiérrez Girardot, etcétera, quienes en sus respectivas disciplinas, se ocuparon de nuevos temas, impusieron métodos modernos de análisis y dieron soluciones acertadas a los problemas que plantearon. Y entre los artistas, a Alejandro Obregón, Edgar Negret, Eduardo Ramírez Villamizar, Rogelio Salmona, etcétera. En el estudio de la historia de Colombia habrá que reconocer siempre el papel que en todos los órdenes desempeñó ese grupo generacional" (Sierra Mejía, 1994: 16).

fundieron nuevas oleadas de conceptos. En su comité patrocinador se contaba con la presencia de Vicente Aleixandre, Luis Cardoza y Aragón, Carlos Drummond de Andrade, León de Greiff, Octavio Paz y del maestro Alfonso Reyes.

Los temas publicados entre 1955 y 1962 –último año de su edición– fueron piedra de escándalo en una Colombia que defendía sus tradiciones patriarcales: literatura, sociología, filosofía, ensayos políticos, sexología, testimonios de homosexuales, manifiestos contra las dictaduras, jazz, cine, teatro, crítica de arte, folklore. Al decir de Hernando Téllez, dichos temas

parecen escandalosos, incomprensibles, molestos *snoobs*. La impopularidad de *Mito* es, pues, el precio de su calidad, y su calidad, el origen de la indiferencia o de la resistencia que ella suscita en un ambiente social acostumbrado a la corroboración diaria de su antología en las páginas de los periódicos (Téllez: 1958: 1-2).

En el mismo año de su muerte (1962), Jorge Gaitán Durán, con ocasión al homenaje rendido a su persona por la publicación del libro *Si mañana despierto*, aclaró los presupuestos que inspiraban a la revista, dejando con sus palabras una enseñanza de trabajo y profundidad crítica a las nuevas generaciones colombianas:

Hemos pretendido mantener con *Mito* un alto nivel literario, pero a la vez, hemos querido hacer de ella una auténtica revista colombiana. Acaso hemos demostrado que estos dos términos no son incompatibles sino todo lo contrario. Desde el primer número no sólo publicamos traducciones de autores extranjeros, casi desconocidos en nuestro medio, sino que también publicamos documentos y testimonios sobre la realidad colombiana. Quiero afirmar que este último, es el aspecto

de *Mito* del cual estoy más orgulloso. (Gaitán, 1962: 186)

Como se observa, una actitud crítica y creadora era lo que fomentaban los fundadores de la Revista *Mito*. La exigencia en la calidad de los artículos, la responsabilidad del intelectual con su tiempo y una disciplina libertaria poética y ensayística, ubicarían a la revista entre una de las mejores de Hispanoamérica. Convivencia de colaboración entre distintas ideologías y concepciones, apertura a lo universal, rechazo al predominio pastoril semifeudal colombiano, fueron algunos de sus aportes. “*Mito*, escribe Gutiérrez Girardot, fue la utopía concreta: universalidad, convivencia social y, consecuentemente, paz social” (2006: 201).

Por su parte, el poeta Fernando Charry Lara comenta las preocupaciones de esta nueva sensibilidad, sus influencias y lecturas, la asimilación de una renovada concepción de lo poético. Escuchémosle:

En inclinación casi unánime se apartó el nombre de Juan Ramón Jiménez, supremo maestro de una poética que creíamos fatigada y, desde entonces, los versos y las enseñanzas de Antonio Machado comenzaron a leerse con mejor atención. Queríamos ser más asordados, más subjetivos, más líricos. Y otros poetas, en quienes se entendía asimismo una más honda relación con el mundo contemporáneo, como Neruda, Vallejo, Huidobro, Cernuda y Aleixandre, pudieron apreciarse en sus aspectos esenciales. Nos atraía cuanto se refiriese al romanticismo alemán y a su influjo en la lírica moderna. Queríamos para nuestra propia poesía un acento fundamentalmente expresivo, más que esbelto. Y revelador del hombre [...] Queríamos conciliar la vigilia y el sueño, la conciencia y el delirio. La exactitud debería valer tanto como el misterio En la poesía

colombiana, contra el tono de lo que considerábamos la estética del piedracielismo, reconocimos en la poesía de Aurelio Arturo, unos años mayor que sus compañeros de grupo, una calidad merecedora de ser destacada como no lo había sido hasta entonces (Charry, 1985: 121).

Esta apertura intelectual impulsó a los poetas de *Mito* a asumir la postura moderna del *poeta doctus*, intelectual y artista que une al “yo que crea” con el “yo que piensa”, influencia del romanticismo alemán temprano, sobre todo de Federico Schlegel. La poesía se considera un medio de reflexión al unir teoría estética y práctica artística. De esta manera, filosofía y poesía, teoría y praxis poética se constituyen en un solo corpus que edifica una *metapoiesis* sobre la actividad del artista. El poeta toma la actitud de crítico y el crítico el de poeta. La crítica creativa será, para este grupo, algo importante, pues fusiona teoría y discurso con imaginación y creatividad, conciencia y autoconciencia de su trabajo desde y sobre el lenguaje. Así, *Mito* se apropió de la concepción del escritor moderno, poeta y ensayista, analista de su tradición y de su presente, autónomo y con pulsión crítica, lúcida y reflexiva. Con esta posición se superaba no sólo al intelectual que unía la literatura con la política burocrática partidista – como por ejemplo, algunos integrantes del grupo del Centenario–, sino al poeta “puro”, independiente de la política y de los problemas de su tiempo –tipo grupo Piedra y Cielo.

La apuesta crítica de *Mito* fue más allá que la de los grupos precedentes. Asumieron con rigor los retos que su trabajo literario les exigía, pero también pusieron las “palabras en situación” humana, histórica, contestataria y propositiva. Ventilar el museo literario, cultural y político en que estaba convertida Colombia; actualizarse y modernizar la poesía nacional con nuevas lecturas –Rilke, Eliot, Aleixandre, Saint-

John Perse, la poesía vanguardista latinoamericana y norteamericana— fueron su propuesta y su utopía. Esta va a ser la atmósfera en la que se escribirá la gran poesía de Rogelio Echavarría, con un tono vivificante y muy moderno para la poesía colombiana.

Lo local y lo universal como proyecto intelectual y político-social será un diálogo necesario para sacar al país del provincianismo cultural; diálogo que ayudaría a generar un modelo de escritor polémico, riguroso, disciplinado y, ante todo, creador de un lenguaje distinto y renovador del existente. Un creador que desajuste las verdades supuestamente inamovibles, impuestas por años de tradición conservadora; que haga entrar en crisis los fundamentos del pensamiento ortodoxo y dogmático, las instituciones oficiales productoras de la verdad autoritaria y total. A esa empresa intelectual le apostó *Mito*, con el ejemplo de su heterodoxia, de su pluralismo ideológico y su irreverencia permanente. Trató de modernizar la cultura colombiana y de modernizar a una burguesía inculta, retrógrada, premoderna y hacendaria que — como clase dominante— imponía en el país su intolerancia política y su antidemocracia —reflejada en el Frente Nacional. *Mito* fue, pues, una empresa difícil y ardua de unos pocos intelectuales con una concepción moderna, frente a los problemas de su tiempo. Con *Mito* se intentó limpiar la herencia de la Arcadia neo-ateniense e hispano-católica que desde la época de la Regeneración había persistido en Colombia.

## POETAS E INTELLECTUALES EN EL FRENTE NACIONAL

Ante el eminente peligro de una revolución socialista y comunista, se instauró en Colombia el Frente Nacional, impulsado por la clase dominante liderada por el liberal Alberto Lleras Camargo y el conservador Laureano Gómez. Durante 16 años (desde 1958 hasta 1974), los dos partidos oficialistas se repartieron el poder de forma consecutiva, lo que generó una

sistemática estructura política de dictaduras civiles. Ello condujo al desconocimiento de diversas organizaciones políticas de oposición (socialistas y comunistas) cerrándoles las posibilidades de acceder al poder por la vía democrática. Las consecuencias desastrosas de esta continuidad partidista se verían en la creación de grupos guerrilleros de izquierda, como única posibilidad para llegar al poder, y en la conformación, en las clases populares y medias, de carteles del narcotráfico hacia finales del siglo XX.

En la década del sesenta, el intelectual y el poeta van asumir una actitud crítica frente al establecimiento, con lo cual afianza su autonomía e independencia respecto a las concepciones tradicionalistas burguesas. Varios acontecimientos internacionales, tales como la revolución cubana, la ruptura chino-soviética, la guerra de Vietnam, la creciente tensión de la Guerra Fría, para mencionar algunos de los más importantes, influyeron en los creadores y pensadores colombianos. En estos contextos, se produce un intelectual comprometido con las luchas revolucionarias, con la utopía marxista y la militancia de izquierda, con los análisis de las ciencias sociales sobre la realidad del país. Entonces, en los años sesenta y setenta, encontramos al científico social como el nuevo paradigma del intelectual revolucionario (Cfr. Urrego, 2002: 147).

En el entorno nacional, la cobertura de educación universitaria y el crecimiento de la clase media, el auge urbanístico, debido a la emigración del campo a la ciudad —producto de la violencia partidista—, el surgimiento de movimientos populares y de lucha armada, también influyen en el cambio de actitud de artistas, poetas e intelectuales. Así, por ejemplo, la apertura universitaria permitió a grandes sectores de la clase media educarse tanto en universidades oficiales como privadas, lo que impulsó una concepción de autonomía combativa, observada en el movimiento estudiantil en los años sesenta y, particu-

larmente, en 1971. No se trataba sólo de criticar al establecimiento, sino de cambiarlo. Éste fue uno de los compromisos que marcaría a la mayoría de los poetas e intelectuales de este periodo. De este modo, proclamaron su independencia frente a las instituciones burocráticas del Estado; su solidaridad con las luchas populares y con las proclamas izquierdistas.

Para difundir las nuevas propuestas en el campo de las ciencias sociales, como también las reflexiones políticas, se fundaron varias editoriales de izquierda como *La Pulga*, *La Carreta*, *La Oveja Negra*, *El Búho*, *Nueva América*, y las revistas *Estudios Marxistas*, *Alternativa* y *Teorema*. Fueron una apuesta de independencia y de distancia respecto a las grandes editoriales del establecimiento. A la vez, se instalaron y se crearon en Colombia algunas editoriales que darían a conocer escritores dentro y fuera del país. Las editoriales Plaza & Janés y Tercer Mundo Editores publicaron, al margen del gran boom literario de García Márquez, a escritores con una obra sólida y dinámica tales como Manuel Mejía Vallejo, Héctor Rojas Herazo, Manuel Zapata Olivella Gustavo Álvarez Gardeazábal, Fanny Buitrago, Alberto Duque López, Germán Espinosa, Marco Tulio Aguilera Garramuño. En la década de los setenta se conocieron las obras de Andrés Caicedo, Rafael Humberto Moreno-Durán, Roberto Burgos Cantor, Marvel Moreno, Albalucía Ángel, Rodrigo Parra Sandoval, Fernando Cruz Kronfly, entre otros.

Es la década en la cual surgen los primeros cineclubes donde se proyecta un cine de alta calidad formal y temática. La salsa y el boogaloo, el rock y el pop se filtran en las sensibilidades de los jóvenes. A su vez, se fundan grupos de teatro, disidentes y contestatarios: Teatro Libre, Teatro La Candelaria, Teatro Popular de Bogotá, Teatro Experimental de Cali (TEC), son claro ejemplo de ello.

El teatro de nuevo estilo, moderno, de vanguardia floreció también en las ciudades des-

de el final de los 50. Pionero entre los nuevos grupos fue el teatro Estudio de Cali (1955), que se convertirá más tarde en Teatro Experimental de Cali al frente del cual se halló el autor y director Enrique Buenaventura [...] Al frente de la Casa de Cultura estuvieron Carlos José Reyes y Santiago García. En la Casa de la Cultura, esa primera generación del país moderno, la de los años 60, aprendió a disfrutar del teatro contemporáneo internacional (Grotowski y Jodorowski, junto con el de Brech, Beckett, Cocteau y Arrabal) y también de un teatro nacional de creación colectiva que prácticamente involucra en la escena al espectador (Uribe, 1992: 175).

Hasta los años sesenta, y principios de los ochenta, esta tendencia contestataria artística e intelectual, produjo otro tipo de investigaciones en el campo de las ciencias sociales, sobre todo de análisis sobre nuestro pasado y presente, cuyos resultados los encontramos en la denominada Nueva Historia, gracias a historiadores como Álvaro Tirado Mejía, Jorge Orlando Melo, Mario Arrubla, Jesús Antonio Bejarano, y a la vez una producción poética y literaria alrededor del boom latinoamericano.

## EL NADAÍSMO: ¿VANGUARDIA TARDÍA?

La década de los sesenta, para la poesía colombiana, fue el desahogo y el grito de una generación hija de la violencia. Escándalo y aullido. No tenía otra alternativa. Su valoración del espectáculo y de las escenas excéntricas, demostraron la desesperación de la época. Más que un movimiento literario, se ha dicho que el Nadaísmo fue un choque emocional, una “insurrección” de los sentidos de jóvenes acorralados por las condiciones de una violencia institucional.

La de los sesenta fue la década de la imaginación, pero también la que hizo conciencia de sus limitacio-

nes. “Ser joven”, dice R. H. Moreno Durán, “era una forma de militar contra la intolerancia y la actitud del medio, y la historia misma se encargó de consagrar esa alegre insurgencia poco después” (Moreno, 1988: 22). Fue la década de los jóvenes y de la música de los Beatles, Bob Dylan, Joan Baez, Club del Clan, Harold, Flippers, César Costa, Ádamo, Charles Aznavour, Enrique Guzmán; pero también la década de la revolución cubana y del anti-imperialismo, el decenio de la rebelión de los negros norteamericanos y de su líder asesinado Martin Luther King; la era de los Kennedy, Johnson, Nixon y su inhumana guerra en Vietnam; la década de la protesta de los hippies y de Cassius Clay; de la figura de Mao Tse-Tung con el dogmatismo de la Revolución Cultural China; la década de Marcuse, del “nuevo” Sartre y del apogeo beat; de la liberación sexual y la pérdida del miedo a la sífilis y a la preñez; la de “La imaginación al poder” y el “prohibido prohibir” del mayo del 68 francés; la de la matanza de estudiantes en la plaza de Tlatelolco de México D.F. el 2 de octubre de 1968; la década de la invasión de tanques rusos a una Praga en primavera, y la de un Santo Domingo invadido por marines gringos; la de un Che Guevara torturado, asesinado en Camirí, Bolivia; y la de un Camilo Torres Retrepo, utópico y mártir; fue la década cuando Marquetalia, Guayabero y Ríochiquito fueron bombardeados por el ejército colombiano, y cuando la Universidad Nacional de Colombia fue ocupada por tanques y rifles.

Entre tanta dicha y azote,

[...] nosotros vivíamos sin saberlo la doble versión de un hecho consumado: abusábamos del extraño privilegio de ser jóvenes a sabiendas de la inutilidad de nuestros empeños, dejándonos llevar por el suave vicio del entusiasmo sin objetivo preciso y, al mismo tiempo, proclamábamos la rabiosa indolencia contra todo lo que odiábamos. (Moreno, 1988: 24)

Muchachos recién salidos de seminarios conciliares colombianos, influenciados por la lectura de Nietzsche, de Jean-Paul Sartre, de los poetas malditos franceses y del movimiento *beat* norteamericano, pusieron todo su empeño en criticar las estructuras caducas de una sociedad que los arrastraba a su propio desconuelo y a la nada. Hicieron escándalos y juegos pirotécnicos por las ciudades colombianas.

Gonzalo Arango, hijo de un telegrafista del pueblo de Andes (Antioquia), nacido en 1931 y estudiante de derecho hasta tercer año en la Universidad de Antioquia, antiguo copartidario del general Gustavo Rojas Pinilla en Medellín, es quien, después de la caída del dictador, mientras huye de una masa enfurecida que pedía su cabeza, se refugia en Cali en 1957 y escribe el primer Manifiesto Nadaísta. Una noche lo lee en un local de la avenida sexta. A su alrededor giran jóvenes a quienes aquel nuevo lenguaje despierta curiosidad y adhesión por su estilo rebelde y desesperanzado, producto de la emoción y del repudio a una sociedad violenta que todavía se amparaba en ideas decimonónicas. Ese mismo año lo edita en Medellín y, en un acto de espectáculo, pues siempre buscaba el escándalo y la propaganda, quema los libros de su biblioteca en el Parque Berrío de Medellín.

Desde el principio se unen al movimiento poetas entre los quince y veinte años. En Medellín se integran Amílcar Osorio (Amílkar U), Darío Lemus, Eduardo Escobar, Humberto Navarro, Jaime Espinel; en Cali Jaime Jaramillo Escobar (X504), Alfredo Sánchez, J. Mario Arbeláez, Dukardo Hinestroza. Posteriormente se unirán al grupo, a inicios de los sesenta, Elmo Valencia (El Monje Loco), quien traía de Estados Unidos en su valija, y en su memoria, las lecturas de los *beatniks* norteamericanos; Pablus Gallinazus, Armando Romero, William Angulo, Elkin Restrepo, David Bonnells, entre otros.

Dichos poetas se reunían en los cafés y bares de las diferentes ciudades colombianas. Rescatan el bar y el prostíbulo como sitios para la discusión intelectual y ambiente propicio para gastar la vida. El Nadaísmo nace en la provincia; sólo se dirige a la capital en 1961, tres años después de haber surgido en Cali, Medellín, Manizales, Pereira, Barranquilla. En todas estas ciudades comienza a publicar diatribas, manifiestos, panfletos, artículos de prensa, poemas contra la tradición patriarcal conservadora, contra los intelectuales de pacotilla y la Iglesia Católica. Su objetivo central era estremecer, desde adentro, las estructuras reaccionarias y atrasadas de la sociedad colombiana, sus mitos institucionales, sus ídolos de cartón, baba y mentira. No era un movimiento que impulsara a la victoria, sino la expresión del fracaso de una generación; un movimiento que hacía de dicho fracaso su arma más incisiva y cortante, con burdas ironías y diatribas, junto a espectáculos despampanantes en una sociedad construida sobre sensacionalismos y para el show.

La prensa capitalina, sin embargo, por contactos que hizo Gonzalo Arango publica el primer manifiesto en 1958. Los periódicos abrían lentamente sus páginas al nuevo “ismo” del escozor. En Cali se publica *Esquirla* (suplemento literario del diario *El Crisol*), el cual circulará por bares, cafés, universidades y calles de la capital del Valle del Cauca. Desde el diario *El Colombiano* de Medellín, Gonzalo lanza sus juegos pirotécnicos y sus guías espirituales; era “una festiva aventura iconoclasta de finalidad sin fin” (Gonzalo Arango). La revista *Mito*, dirigida por el poeta Jorge Gaitán Durán, dedica su último número de 1962 al Nadaísmo. Así se le garantizaría una puerta para que las más lúcidas, y también las más torpes conciencias de este país, se dieran cuenta de su existencia.

No obstante, hacia 1963 comienzan a enfriarse sus fuegos. Gonzalo Arango publica una “tarjeta de navidad para GOG”, donde hace acto de contrición de

todo su pasado ante la nada y se adhiere a una fe en el humanismo y en la razón, conceptos contrarios al aullido irracional del Nadaísmo. Los poetas nadaístas de Cali no se hacen esperar y publican sendas críticas a su profeta, enterrando simbólicamente su figura en un parque de esta ciudad. Posteriormente, para agudizar más las distancias, Gonzalo Arango, ya establecido en Bogotá, es invitado a bautizar con un discurso poético el buque *Velero Gloria*. En dicha ceremonia se reunirán, junto al presidente Carlos Lleras Restrepo, los más representativos personajes reaccionarios de esta nación. Su desasosiego lo encaminará posteriormente hacia la prédica mesiánica de salvar el mundo mediante la mística y la religión. De sus compañeros de ruta, algunos incursionarán en ese oficio seductor de masas: la publicidad; otros perecerán trágicamente como paradoja del destino, o se exiliarán voluntariamente en países donde reinventan sus sueños desde otras orillas.

Del movimiento Nadaísta sobreviven ciertos aspectos positivos: por una parte, el haber puesto en tela de juicio las instituciones culturales del país, dando más libertad de acción y pensamiento a las nuevas generaciones de una Colombia que, hasta ese entonces, no había tenido la experiencia de las vanguardias –lo que el Nadaísmo, tardíamente, quiso consolidar y construir. Por otra parte, la conquista de un espacio poético para los asuntos cotidianos y la apertura a la vida de la barriada, a ciudades que se iban creando con campesinos expulsados de sus tierras, víctimas de la muerte y el sabotaje; barrios marginados y pobres con inmensas oleadas de desocupados, una gran masa amorfa que construía a Colombia. Entonces, el asunto urbano se volvió un problema supremo para el poeta, tal como lo atestigua Mario Rivero:

Pienso que incorporo a la poesía colombiana por el camino del cotidianismo, a la vez que conmigo nace un nuevo tipo de poeta [...] de estrato proletario, existencial, descaradamen-

te humano, producto en gran medida de la ‘selva de cemento’ de las calles y del absurdo (Rivero, 1978: 112).

Fue la oportunidad para conocer poetas de provincia, casi todos de extracción popular o de clase media. La mayoría de ellos eran desconocidos debido al tradicional “centralismo cultural” colombiano, el cual consistía (y aún perdiste) en tomarse la dirección de los suplementos dominicales de Bogotá, desde los que se oficializaban o coronaban poetas y movimientos a su antojo –entre ellos al mismo Nadaísmo– impidiendo escuchar voces que desde otras capitales y pueblos tenían, sino propuestas nuevas, al menos diferentes a la de la cúpula capitalina<sup>10</sup>.

Poetas de Cali, Medellín, Pereira, Barranquilla, Manizales, Popayán, Cartago, etc. deambulaban desconfiados de la aristocracia poética nacional y con una desilusión esperanzada en su palabra. Pero con el Nadaísmo también comienza a manifestarse en la poesía nacional cierta tendencia a querer versificar con ingenuo facilismo y con una aparente mordacidad, que degenera en chiste, cualquier aspecto de la realidad. Esta tendencia de versificar lo cotidiano con un humor trivial, ligero y fácil, desembocó en un ingenuo cotidianismo con escasa profundidad crítica.

Al proponerse sacudir los modelos confesionales y los paradigmas normativos y moralizantes de una Colombia conservadora, el Nadaísmo utilizó la irreverencia, el show mediático, el escándalo como propaganda sensacionalista, actitudes de una tardía modernidad vanguardista. Su afán de ser publicitados y de obtener renombre y poder literario, los llevó

a realizar actividades de un *malditismo* muy propio de culturas hispano-católicas tradicionalistas como la colombiana. El fuego de la rebeldía los invadió, pero pudo más la necesidad de figuración, tanto que algunos de ellos se volvieron colaboradores de los estamentos oficiales, de la prensa capitalina y de las instituciones culturales. Y no es tan cierto –como lo afirma el nadaísta Eduardo Escobar– que el filósofo de “Otra Parte” Fernando González fuera “el único escritor colombiano que había recibido la irrupción enconada del Nadaísmo si enojarse, sin miedo y con júbilo, como si lo hubiera esperado para morir en paz consigo mismo” (Escobar, 1986: 4), pues olvida Escobar que en 1962 Jorge Gaitán Durán publicó en el último número de la Revista *Mito* poemas de los nadaístas<sup>11</sup>. Sin embargo, la actitud de estos discípulos de González rayó muchas veces con la arrogancia y la superficialidad al creerse los únicos escritores de su época que eran “locos, geniales y peligrosos”, ignorando la genialidad, la “locura” creativa y la peligrosa innovación de la literatura y de la cultura colombianas de los poetas, narradores, ensayistas y artistas reunidos en torno a la revista *Mito*.

Por consiguiente, después de casi cincuenta años, se hace indispensable preguntar sobre el valor literario o no del Nadaísmo; si su producción literaria constituye un aporte, o si bien, como reflexiona el poeta Henry Luque Muñoz: “Si en aras de un pobre arrebato libertino, implicó una desorientación que banalizó el lenguaje al instrumentalizar la técnica fácil de cruzar y alternar la anécdota y el prosaísmo, con el chiste y la alusión trascendental” (Luque, 1994: 18).

10 Sobre la situación del centralismo intelectual colombiano dan cuenta estas palabras de Álvaro Mutis: “Empezábamos a ocupar las páginas de los suplementos literarios que es, o ha sido, en Colombia al menos, una especie de toma del poder de las generaciones. Aquí sucedió con una regularidad monótona [...] Ibas al café, mirabas la mesa de los escritores, un día te dejaban sentarte a su mesa, enseñabas tus cosas, te la publicaban, esos escritores eran nombrados en puestos públicos o en la diplomacia, ocupabas los suplementos, dejabas sentarse a la mesa a nuevos escritores, te enseñaban sus cosas, las publicabas y así. (Mutis, Álvaro, 1981: 587).

11 En un artículo de Fernando González sobre el Nadaísmo se lee: “¡Arriba el ánimo juventud! Ánimo Amílcar U, y todos los bulliciosos y ágiles putillos compañeros de Gonzalo Arango, que el señor ya va a pasar y a entregaros el camino. En pelota, trepad al cabrahigo y desde allí arrojad los culeros coloniales, la cultura formal, y vomitad en la cara de los padres de la patria, de los gobernantes, de Laureano y Ospina Pérez, de la prensa, de los rectores magníficos, porque el señor no pasa y convive sino con los desnudos, con los cadáveres que conllevan la resurrección” (González, 1986: 4).

La sagacidad de sus panegíricos y diatribas muestran un movimiento que más que renovación de la literatura y de la poesía, aportó a la necesaria rebeldía social, a la urgente agitación y confrontación generacional e ideológica contra la Colombia pastoril. “¿Fueron los sacerdotes que derribaban ídolos fetichizados del régimen o los payasos paraculturales manipulados por el Sistema?”, se pregunta Luque Muñoz. Y en relación con la crítica en Colombia, vuelve a interrogar: “¿Confundiría el Nadaísmo- como les ocurre a muchos otros- la crítica con la ofensa y el cuestio-

namiento con el resentimiento, sin perjuicio de un canibalismo ciego de camajanes?” (Luque: 20).

El Nadaísmo, entonces, fluctúa entre un romanticismo y una vanguardia tardía; entre el estridentismo decimonónico, la egolatría publicitaria, el clientelismo y el oportunismo, la ligereza de análisis, la espectacularización de la poesía, la rebelión coyuntural del momento, y la glorificación de su ingenuo nihilismo, institucionalizado por la historia de la literatura colombiana.

## REFERENCIAS

- Alvarado, H. *Poesía y Frente Nacional*. En: Magazín Dominical, *El Espectador*. Bogotá. (25 sep. 1983), pp. 21-23.
- Alvarado, H. *Una generación desencantada: los poetas de los años setenta*. En Magazín Dominical, *El Espectador*, Bogotá. (25 nov. 2 dic.1984), pp. 14-16/9-11.
- Alstrum, J. (2000) *La generación desencantada de Golpe de dados. Los poetas colombianos de los años 70*. Bogotá: Universidad Central,
- Benjamin, W. (1988) *Poesía y Capitalismo, Iluminación II*. Madrid: Taurus,
- Benjamin, W. (1994) *Discursos interrumpidos*. Buenos Aires: Planeta-Agostini, pp. 206.
- Benjamin, W. (1999) *Imaginación y Sociedad. Iluminación I*. Madrid: Taurus, pp. 224.
- Celis Uribe, C. (1992) *La mentalidad del colombiano. Cultura y sociedad en el siglo XX*. Bogotá: Ediciones Alborada, Editorial Nueva América.
- Cobo Borda, J.G. (2003) *Historia de la poesía colombiana. Siglo XX. De José Asunción Silva a Raúl Gómez Jattin*. Bogotá: Villegas Editores.
- Cobo Borda, J.G. (1976) *La alegría de leer*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, pp. 291.
- Charry, F. (1985) *Poesía y poetas colombianos*. Bogotá: Procultura.
- Charry, F. (1975) *Lector de poesía*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Escobar, E. *Revivamos dos pájaros de un tiro*. En Magazín Dominical, *El Espectador*. Bogotá. (2 de marzo 1986), pp. 3-4.
- Escobar, E. (1980) *Gonzalo Arango. Correspondencia violada*. Bogotá: Colcultura, pp. 487
- Espinosa, G. “Cinco palmos de literatura Colombia”. En Magazín Dominical, *El Espectador*. Bogotá (noviembre 13, 1994; 5-7).
- Gaitán Durán, J. “Las palabras están en situación”, *Mito* 1 (1955): p 1-2.
- Gaitán Durán, J. “Editorial”. *Mito* N.º 6 (1956): 478.
- Gaitán Durán, J. “Editorial”. *Mito*, N.º 39-40, (1962): 186.
- García Canclín, N. (1989) *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.

- García, M. J. “Los poetas de generación sin nombre”: En: *Revista Javeriana: El pensamiento cristiano en diálogo con el mundo.* # 419. (oct. 1975), pp. 356.
- Gómez, G. J. G. (2006) *Colombia es una cosa impenetrable. Raíces de la intolerancia y otros ensayos sobre historia política y vida intelectual.* Bogotá: Diente de León.
- González, F. *Gonzalo Arango y el Nadaísmo.* En: *Magazín Dominical, El Espectador.* Bogotá. (2 de marzo 1986), pp. 4-5.
- Gutiérrez Girardot, R. (2004) *Heterodoxias.* Bogotá: Taurus.
- Gutiérrez Girardot, R. (1998) *Insistencias.* Santafé de Bogotá: Ariel, pp. 346.
- Gutiérrez Girardot, R. (1976) *Horas de estudio.* Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, pp. 388.
- Gutiérrez Girardot, R. (1994) *Cuestiones.* México: Fondo de Cultura Económica, pp. 302.
- Gutiérrez Girardot, R. (1997) *Provocaciones.* Santa Fe de Bogotá: Ariel, pp. 229.
- Gutiérrez Girardot, R. (1987) *Modernismo. Supuestos históricos y culturales.* México: Fondo de Cultura Económica, pp. 132.
- Gutiérrez Girardot, R. (2006) *Tradición y ruptura.* Bogotá: Debate, pp. 240.
- Gutiérrez Girardot, R. “Vida civil y crisis política en Colombia”. En: *Magazín Dominical. El Espectador.* Bogotá. (27 marzo 1988), pp. 17-21.
- Jaramillo, R. (1978) *Oficio de poeta.* Bogotá: Universidad San Buenaventura.
- Jaramillo, R. (1994) *Colombia: La modernidad postergada.* Santafé de Bogotá: Temis, pp. 234.
- Jiménez, D. “Poesía Colombiana: 1980-1989”. En: *Magazín Dominical, El Espectador.* Bogotá. (24 dic. 1989), pp. 7-9.
- Jiménez, D. “La nueva poesía desde 1970. En: *Magazín Dominical, El Espectador.* Santafé de Bogotá (14. marzo, 21 mar. 1993), p.17
- Jiménez, D. (2002) *Poesía y canon. Los poetas como críticos en la formación del canon en la poesía moderna en Colombia.* Bogotá: Editorial Norma, pp. 197.
- Jurado, F. (2005) *Mito. 50 años después (1955-2005). Una selección de ensayos.* Bogotá: Lumen, Universidad Nacional de Colombia, pp. 248.
- Luque, H. “Nadaísmo ¿Vanguardia liberadora o máscara sin rostro?” En: *Magazín Dominical, El Espectador.* Bogotá (noviembre. 13,1994), pp. 18-20.
- Luque, H. “Poesía colombiana del siglo XX. Generación sin nombre: la modernidad como pasión”. En: *Alforja. Revista de poesía N.º XVIII* (2002), pp. 12-34.
- Maya, R. 1982. *Obra Crítica.* Bogotá: Banco de la República.
- Moreno R. H. “La memoria irreconocible de los justos”. En: *Magazín Dominical, El Espectador.* Bogotá (1 de mayo, 1988), pp. 22-28.
- Mutis, Á. (1981) *Poesía y prosa.* Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Paz, O. (1999) *El arco y la lira.* Santafé de Bogotá: F.C.E., pp. 305.
- Paz, O. (1987) *Los hijos del limo: del Romanticismo a la vanguardia.* Barcelona: Seix Barral, pp. 239.
- Paz, O. (1990) *La otra voz: poesía y fin de siglo.* Caracas: Seix Barral, pp. 139.
- Poppel, H. (2000) *Tradición y modernidad en Colombia. Corrientes poéticas en los años veinte.* Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Rivero, M. (1978) *Entrevista.* En: Jaramillo R. *Oficio de poeta.* Bogotá: Universidad San Buenaventura.

- Romero, A. (1985) *Las palabras están en situación. Estudio de la poesía colombiana de 1940 a 1960*. Bogotá: Procultura.
- Sánchez, C. "El Epílogo literario del Frente Nacional". En: Magazín Dominical, *El Espectador*. Bogotá. (4 sept. 1994), pp. 17-21.
- Sierra, R. "Mito, una generación". En: Magazín Dominical, *El Espectador*. Bogotá (noviembre 13, 1994), pp. 15-17.
- Téllez, H. "Editorial", *Mito* 18, (1958): 1-2.
- Torres, O. (2007) "El grupo Mito". En: *Gran Enciclopedia de Colombia*. Bogotá: *El Tiempo*, Círculo de Lectores, pp. 288.
- Urrego, M. Á. (2002) *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia*. Bogotá: Universidad Central, pp. 244.